



Nro. 34  
ENERO - JUNIO  
2026

e-ISSN 2451-5965

Recibido: 30/01/2026

Aceptado: 25/02/2026

Pp.1 - 18

 [doi.org/10.48162/rev.48.114](https://doi.org/10.48162/rev.48.114)

## **Con voz de mujer y desde la periferia. Entrevista a Silvia Faget sobre el terrorismo de Estado en San Rafael (Mendoza)**

---

**With A Woman's Voice and From the Periphery.  
An Interview with Silvia Faget About State Terrorism in San  
Rafael (Mendoza)**

**Com voz de mulher e desde a periferia.  
Uma entrevista com Silvia Faget sobre o terrorismo de Estado em  
San Rafael (Mendoza)**

 **Violeta Ayles Tortolini**

Universidad de Buenos Aires (UBA)  
Instituto de Investigaciones de Estudios de Género (IIEGe)  
Núcleo de Estudios sobre Historia y Memoria de Mendoza (NEHyMM)  
Argentina  
atvioleta@hotmail.com

## **Resumen.**

La entrevista recorre la experiencia de Silvia Faget durante el terrorismo de Estado en el departamento de San Rafael, al sur de la provincia de Mendoza. Ella y su esposo, Santiago “Chiche” Illa, eran militantes del Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) en dicha localidad. Quince días antes del golpe de Estado, las fuerzas represivas ingresaron en su domicilio por la madrugada y secuestraron a Illa. El testimonio de Faget invita a conocer una experiencia desde el género en primera persona. Repasa las vivencias de una mujer embarazada y con un hijo de un año que emprende la búsqueda de su compañero desaparecido en un pequeño pueblo, mientras su organización es desarticulada. Relata cómo fue para ella atravesar el parto y puerperio durante la dictadura, la depresión, el pánico y la búsqueda que persiste. En la entrevista se pueden observar los trazos de un insilio forzado y las condiciones en que sobrevivieron quienes no fueron desaparecidas por la política genocida, así como la insistencia en la búsqueda y los caminos que unieron a quienes formaron organismos de Derechos Humanos.

**Palabras clave:** *desaparición, insilio, represión, testimonio, historia reciente.*

## **Abstract**

The interview explores Silvia Faget's experience during the state terrorism in the department of San Rafael, in the south of Mendoza province. She and her husband, Santiago “Chiche” Illa, were members of the Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) in that town. Fifteen days before the coup d'état, repressive forces broke in their home in the early morning and kidnapped Illa. Faget's testimony offers a first-person story of her experience, told from a gendered perspective. She relates the experiences of a pregnant woman with a one-year-old child who embarks on a search for her disappeared husband in a small town, while her organization is dismantled. She describes her experience of childbirth and postpartum during the dictatorship, the depression, the panic, and the ongoing search. The interview reveals the traces of forced internal exile and the conditions under which those who were not forcibly disappeared by genocidal state policies survived, as well as the persistence of the search and the trajectories that brought together those who later formed Human Rights organizations.

**Keywords:** *disappearance, internal exile, repression, testimony, recent history.*

## Resumo

A entrevista percorre a experiência de Silvia Faget durante o terrorismo de Estado no departamento de San Rafael, no sul da província (Estado) de Mendoza. Ela e seu marido, Santiago “Chiche” Illa, eram ativistas do Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) daquela cidade. Quinze dias antes do golpe de Estado, as forças repressivas invadiram a casa deles pela madrugada e sequestraram Illa. O depoimento de Faget convida a conhecer uma experiência contada em primeira pessoa, a partir de uma perspectiva de gênero. Ela narra as experiências de uma mulher grávida com um filho de um ano que embarca em uma busca do seu parceiro desaparecido numa pequena cidade, enquanto a organização deles é desmantelada. Ela descreve sua experiência de parto e pós-parto durante a ditadura, a depressão, o pânico e a busca incessante. A entrevista revela as marcas do exílio interno forçado e as condições em que aqueles que não foram desaparecidos pela política genocida sobreviveram, bem como a insistência na busca e os caminhos que uniram aqueles que formaram organizações de Direitos Humanos.

**Palavras chave:** *desaparecimento, exílio interno, repressão, testemunho, história recente.*

## 1. Introducción

Lo que aquí presentamos constituye un fragmento de una entrevista más basta realizada a Silvia Faget en 2015<sup>1</sup>. En ese momento nos encontrábamos abordando una investigación sobre la historia de la regional mendocina del Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP), donde había militado Silvia y su esposo, Santiago “Chiche” Illa, desaparecido desde el 12 de mayo de 1976. Diez años después de aquel diálogo aún inédito, lo revisitamos a la luz de la convocatoria realizada para el dossier “Violencia estatal y paraestatal en el denominado interior del país: balances y desafíos a 50 años del golpe de Estado”. Ajustándonos a la temática, hemos seleccionado la parte referida a las prácticas del terrorismo de Estado, quedando para otra ocasión el grueso del testimonio producido, donde Faget relata su vida y profundiza en su experiencia, y la de su esposo, en la militancia revolucionaria de los años setenta.

Esta entrevista fue construida mediante la técnica de historia de vida, propia de la historia oral, a través de un esquema de preguntas semiestructurado y con posibilidad de repregunta. La efectuamos en dos encuentros a fines de agosto de 2015 en la casa de Silvia en Mendoza, cuando ella tenía 62 años y era jubilada. Antes de avanzar en los elementos de análisis que consideramos relevantes a la hora de leer su testimonio, realizaremos una breve presentación de su biografía hasta los hechos narrados.

---

<sup>1</sup> La entrevistada leyó esta versión y autorizó su publicación el 27 de enero de 2026.

Silvia nació en la Ciudad de Mendoza, pero siendo muy chica su familia se trasladó a San Rafael (departamento ubicado en el sur provincial), donde vivió su infancia y adolescencia. Su mamá y papá eran podólogos y trabajaban para la Obra Social de los Empleados Públicos (OSEP), además de sostener otras changas que permitían algún ingreso extra. Ella es la segunda de cuatro hermanas mujeres. Finalizando la adolescencia conoció y se puso en pareja con Santiago “Chiche” Illa, con quien se casó a sus 21 años. Santiago también había nacido en la ciudad de Mendoza y se había mudado a San Rafael de chico por un traslado laboral de su padre.

Silvia y Chiche compartieron la pasión por la lectura -desde los poetas Pablo Neruda, Antonio Machado, Nicolás Guillén y Vinícius de Moraes hasta Karl Marx- y el gusto por la música -Víctor Jara, Quilapayún y los Beatles- y el cine -Pasolini, Godard y Fellini-. Juntos comenzaron a explorar su interés por la Revolución Cubana, mayores niveles de compromiso social y político y se lanzaron a militar en el PRT-ERP. En abril de 1974 se casaron y se fueron a Córdoba capital, donde compartieron departamento con compañeras y compañeros con quienes sostenían reuniones de formación política y de análisis de la coyuntura nacional, latinoamericana y mundial. Allí adoptaron sus nombres partidarios: Eva y Manuel. Chiche había trabajado como periodista en San Rafael, y en Córdoba lo hizo para la revista *Patria Nueva*<sup>2</sup>. Dos meses después partieron rumbo a Buenos Aires. Él comenzaría a trabajar para *Nuevo Hombre* y *El Mundo*<sup>3</sup>. Silvia iba embarazada de su primer bebé y también empezó a ocuparse de las tareas de corrección de redacción de *Nuevo Hombre*, así como de la cobertura de algunas entrevistas.

---

<sup>2</sup> Revista de tirada quincenal, cuya bajada sostenía “Desde Córdoba hacia Latinoamérica y el mundo”. Era una publicación de carácter legal, impulsada por el PRT-ERP.

<sup>3</sup> También se trató de publicaciones de carácter legal vinculadas al Frente Antiimperialista (FAS) la primera y al PRT-ERP, la segunda.

Imagen 1. Carnet de identificación de Illa como periodista de *Patria Nueva*.



Fuente: documento proporcionado por Silvia Faget.

A fines del 74, Silvia regresó a San Rafael para parir. Tuvo a su primer hijo en enero de 1975. Al poco tiempo la siguió Chiche, convenciéndola de que no podían volver a Buenos Aires porque los embates represivos eran cada vez más sistemáticos y cruentos. En el departamento del sur mendocino ya se habían constituido algunas células del PRT-ERP, donde se insertaron y militaron a lo largo de 1975. También en esa época ambos realizaron una experiencia de proletarización, acorde con las políticas de su organización destinadas a compartir las condiciones de vida de la clase obrera. Silvia ingresó a trabajar en una fábrica de conservas, mientras que Chiche lo hizo en el sector de carpintería del barrio Unimev que estaba construyendo la empresa Petersen, Thiele y Cruz, donde trabajaba Sonia Luna, una compañera suya de militancia<sup>4</sup>. Ambos, junto con su bebé, se fueron a vivir a la casa donde los padres de Silvia tenían el consultorio de podología. Al calor de la militancia y de la nueva vida en San Rafael, ella quedó embarazada de su segunda hija.

<sup>4</sup> Rosa Sonia Luna era sanjuanina. En su adolescencia se mudó con su familia a San Rafael. Egresó del colegio con el título de Maestra Normal Nacional y trabajó como secretaria en la constructora Petersen, Thiele y Cruz, porque allí trabajaba su padre como carpintero. En 1975 se sumó al PRT-ERP, desarrollando su militancia en los barrios pobres de Isla Río Diamante y Pueblo Usina. Fue detenida por primera vez en abril de 1976 y secuestrada el 26 de mayo del mismo año. Tenía 25 años y desde ese momento se encuentra desaparecida (Silva, 2013).

Imagen 2. Silvia Faget (embarazada), Santiago Illa y su hijo Reinaldo.



Fuente: documento proporcionado por Silvia Faget.

Como adelantamos al comienzo de esta Introducción, a continuación compartimos la parte final de aquella extensa entrevista celebrada en 2015. Es el fragmento donde Silvia relata el secuestro de su esposo en la madrugada del 9 de marzo de 1976, mientras dormían junto a su bebé de un año y dos meses y ella cursaba su octavo mes de embarazo. La casa donde vivían, formaba un triángulo que se emplaza justo en frente del actual Parque de la Memoria. Ironías de la vida, en esa casa ahora funciona un local del Partido Demócrata, el mismo que gobernó durante dictaduras y apoyó todos los proyectos políticos de derecha desde 1983 hasta la fecha.

De una lectura atenta del testimonio de Silvia, afincada en una perspectiva de clase y feminista, podemos desprender no pocos elementos de análisis y reflexión sobre el pasado reciente local. El dossier nos convoca a pensar sobre el mal llamado interior del país y esta historia se sitúa en una escala que -siguiendo el mismo lenguaje- podemos denominar periferia de la periferia. El creciente número de trabajos que abordan el pasado reciente provincial se han concentrado en lo que

constituye el Gran Mendoza. El departamento de San Rafael se ubica a unos 250 kilómetros aproximadamente de la capital mendocina y forma parte de esos pueblos donde parece que la historia no ocurrió -ya que supuestamente esta se despliega sólo en las grandes capitales-. Y, sin embargo, allí hubo luchas gremiales, estudiantiles y barriales, militancia revolucionaria, centros clandestinos de detención y personas desaparecidas. Por tanto, un primero punto de análisis es pensar estas escalas como pueblos con historia.

El secuestro de Santiago Illa, quince días antes del golpe de Estado, confirma lo que ya constituye un consenso entre las historiadoras e historiadores del período: el terrorismo de Estado en Argentina se desplegó antes de que los militares se hicieran con los resortes del poder estatal aquel 24 de marzo de 1976 (Archivo Nacional de la Memoria, 2023; Águila, Garaño y Scatiza, 2016; Izaguirre, 2009). Pero su historia también invita a pensar en ciertas singularidades de la dinámica represiva, ya que Santiago fue legalizado y encerrado en la Penitenciaría de Mendoza. Durante dos meses intercambió correspondencia con su esposa. Y recién en mayo, luego de ser trasladado al Liceo Militar, fue desaparecido. Este procedimiento, como otros que se ejecutaron en San Rafael, da cuenta de ciertas complejidades del accionar represivo, por fuera del camino paradigmático que recorre secuestro-centro clandestino de detención-desaparición.

Si se analiza el testimonio desde una perspectiva feminista se puede acceder a los pliegues de una experiencia de insilio en el cuerpo y las emociones de una mujer. Se advierte el terror que provoca la posibilidad del secuestro del hijo y las dificultades de atravesar un parto y puerperio en dictadura. La depresión y la búsqueda no son excluyentes, se encuentran en el cuerpo de una mujer cuyo esposo está desaparecido. Escenas de discriminación, de no poder acceder al trabajo, del terror por lo que pueda pasar en cualquier momento y la necesidad de trasladarse hacia una ciudad con otro ambiente para sus hijos son las huellas del insilio. El genocidio, en tanto proyecto político que buscó destruir una identidad social colectiva para reemplazarla por otra, no recayó exclusivamente sobre las personas desaparecidas, sino también en las sobrevivientes.

Quienes pudieron sobrevivir, como Silvia, fueron reorganizando poco a poco sus vidas, encontrando formas de amar, criar, trabajar. Y aunque la militancia revolucionaria en muchos casos dejó de ser parte cotidiana de sus días, como veremos al final de la entrevista, ciertos valores se mantuvieron intactos.

## 2. Entrevista

**Violeta Ayles Tortolini:** ¿Querés contar cómo fue el secuestro de Chiche?

**Silvia Faget:** Sí. Cuando llega a nuestros oídos que había caído un muchacho conocido y que era muy posible que empezaran a caer todos, Chiche me dice “Silvia, nos vamos a tener que ir de la casa. Nos vamos a tener que ir porque en cualquier momento nos van a venir a buscar”. Y yo pensé “¿a dónde nos vamos?” Encima sin plata. Ni le dije a mi mamá, ni a mi papá, nada. Nos fuimos de la casa. Chiche me dice: “nos van a llevar tabicados”. Tabicado era que te vendaban, o te agachabas, o te cubrías para no mirar. Viste que los ex presos cuentan que más de una vez cuando los represores los estaban llevando, ellos pensaban “vamos al norte, doblamos aquí...” seguían en su mente el recorrido del auto que los llevaba. Eso mismo hice yo. Y cuando llegué, me bajo, no miro, llego a la casa y ya suponía dónde estaba. Adentro me dicen que ya llegamos. Miro la casa y ya me di cuenta de dónde estaba. Piso de tierra... todo, era la casa de Martha Guerrero<sup>5</sup> [risas].

**V. A. T.:** ¿Y que les dijiste?

**S. F.:** ¡Obviamente! Yo no me puedo quedar callada. Entonces le dije: “¡Chiche, por favor! Si yo sé dónde estamos, estamos en la casa de Martha. Dejame de joder ¿de qué seguridad me estás hablando?” Yo toda mi vida rompí las bolas con la seguridad, la seguridad, la seguridad. La cuestión es que no sé cuánto tiempo estuvimos ahí, pero llegó un momento en que le dije: “Hasta aquí llego. Yo me vuelvo con mi bebé”. Estaba embarazada y tenía mi bebé chiquitito. Chiche me dice: “¿pero qué vas a hacer?” “Me voy a la casa. Y si me agarran... bueno, ya está”. Nunca pensando en que la represión iba a ser como fue. Pensábamos que íbamos estar unos días, un mes... y vamos a volver.

Y me fui. Todos me dijeron que no, que me quedara. Y yo dije: “Me voy. Ya está. No aguanto más esto”. Yo me fui y Chiche se quedó ahí.

Entonces yo me voy a mi casa y mi hermana, la más chica, me viene a acompañar. Igual nadie de mi familia sabía lo que estaba pasando. No podía decirlo. Mi hermana se quedó a acompañarme esa noche porque ya estaba panzona, estaba de ocho meses. Por suerte no cayeron esa noche, porque si no a mi hermana se la llevan y ahí sí yo me muero. No habría soportado que por mi culpa, o por lo que sea, se llevaran a mi hermana sin tener nada que ver.

En mi casa agarré un paquete gigante que tenía de revistas. No me acuerdo si eran *Combatientes* o *Estrellas Rojas*<sup>6</sup>. Los até, los envolví con diarios, esperé que se

---

<sup>5</sup> Le decían La Petisa, militaba en el PRT-ERP y compartía activismo barrial con Irma Berterré y Rosa Sonia Luna. Con esta última fue detenida por dos días en abril de 1976. Luego, fue secuestrada el 7 de junio del mismo año y se encuentra desaparecida. Tenía 31 años.

<sup>6</sup> *El Combatiente* era el nombre de la prensa del PRT, mientras que la revista editada por el ERP llevaba el nombre de *Estrella Roja*.

hiciera de noche y salí. “¿Dónde mierda voy con todo esto a tirarlo?” Pensé “Bueno, voy a hacer unas cuadras nada más y lo voy a tirar en una acequia”. Si había alguien siguiéndome, no lo sé. Pero lo más probable es que alguien había. ¿Por qué te digo esto? Porque esa noche no pasó nada. Yo tiré esas revistas, mi hermana se queda conmigo esa noche y al otro día a la mañana se va a hacer sus cosas, yo me quedo sola. Y en la tardecita aparece mi marido. No me acuerdo si fue al día siguiente o a los dos días. Aparece Chiche en la bicicleta y le digo “¿Qué pasó?” Y me dice: “No, gorda, lo he estado pensando. Si zafamos todo va cambiar, va a ser distinto”. Como que estaba diciendo que poníamos punto final. No sé si vio cómo se estaba poniendo la cosa o qué, pero me decía que íbamos a cambiar nuestras vidas.

Esa noche nos acostamos. Me abraza y me dice que me ama muchísimo. Nos dormimos abrazados. De repente me despierto y él me dice “gorda”. Escucho “tu, tu, tu” al costado de la casa. Como yo te dije que mi casa era un triángulo siento que corren por este costado y pegan la vuelta y “tu, tu, tu, tu”. Escucho pasos por aquí, corridas por allá. Le pregunto “¿Qué es eso?” y él no dijo nada, nada. De repente siento “pum” que saltan en el patio. Y yo pensé que era un ladrón que había entrado y lo venía persiguiendo la policía. ¡Mirá lo que pensé! O estaba muy dormida o era muy inocente. Le digo a Chiche “es un ladrón que ha entrado. Avisale a la policía que está acá el ladrón”. Mi marido no dijo nada. Él se dio cuenta de lo que estaba pasando.

Yo estaba en la cama al lado de la cunita y empiezo a sentir ruidos y dije “¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando?” Yo no caía. No caía. Él en ropa interior, yo en camisón. Como eran esas casas chorizo, teníamos la habitación al final. De la habitación salíamos a una galería y estaba el baño pegado. Después de la galería abierta estaba el patio con una puertita que da justo en frente de lo que hoy es la Plaza de la memoria, y del otro lado la puerta principal de la casa. Entonces, desde la misma habitación se podía prender la luz del patio porque así lo había hecho mi papá. Cuando mi marido prende la luz, se escucha que preparan armas como para disparar. Él abre la puertita que daba a la galería y se encuentra con el panorama de todos los milicos, soldados... Ahí siento que le gritan: “Alto, las manos arriba”. Santiago gritó “pará macho” o “pará hermano” no me acuerdo la palabra, pero algo así “pará que hay niños y una mujer embarazada”. Y gritaban “salgan todos, salgan todos”. ¿Qué todos si éramos nosotros dos y mi bebé?”. Y se da vuelta y me dice “gorda, salí”. Y yo digo “¿qué es esto?” No entendía, no caía en lo que estaba pasando ¿podés creer? Entonces levanto a mi bebé y salgo a la galería. Era un panorama lleno de milicos, cualquiera decía que iban a buscar a Santucho y a Norma Arrostito con él también. No sé. Terrible.

V. A. T.: ¿Cuántos eran?

S. F.: No, no sé. Si estaban hasta en los techos. No te puedo decir. Estaban en el patio, en los techos, en la acequia. Bueno, salgo con mi bebé. Como te digo, era una galería que al fondo tenía la cocina y a un costado una puerta que era de esas... doble puerta, que mi papá del lado de adentro le ponía una tranca, una maderita. Como no tenía cerrojo, no tenía llave... era una puerta vieja y mi papá había agarrado una madera gruesa y cortita para trabarla ¡y guay que la ibas a romper! Entonces cuando salgo con mi bebé veo a un grandote con un saco de soldado que se largaba con el brazo contra la puerta ¡Bum! Y se largaba contra la puerta de nuevo. Entonces, yo venía con mi bebé y le digo: “¡Pero abran la puerta por el otro lado! Si tiene una tranca, no la va a poder abrir así”. ¡Mirá cómo le hablaba! Toda mi vida he sido así, toda mi vida [risas].

Nadie me decía nada y me encaminaron a la cocina. Ahí me sentaron con mi bebé en brazos y mirando la ventana que da a la actual Plaza de la memoria, que son las vías. Entonces yo me quedo con Reinaldo ahí y siento que a mi marido le hacen abrir el sótano insultándolo, diciéndole de todo. Lo hacen bajar. Siento que le pegan, le preguntan. Siento golpes en el sótano. Claro, rompían las paredes para ver si había algo. No había nada ahí, pero estaba el pizarrón que habían hecho<sup>7</sup>. Mi papá había vendido libros de Editorial Códex, así que había cajones con libros. Los desarmaron todos. En uno quedó la marca de la bota de ellos. Bueno, hicieron todos los destrozos ahí.

Y a todo esto, yo estaba con Reinaldo en brazos y tenía un milico apuntándome. Y viene el mayor Suárez y me pregunta: “¿Dónde están las armas? ¿Dónde mierda tienen las armas?” Y yo le digo: “¿Qué armas?” y los miro a ellos, al milico que me apuntaba y le digo: “¿No las tienen ustedes, acaso?” Así le dije. Y me gritó: “¡Pero la puta madre, colabore mierda, que la voy a detener a usted y a su hijo, la voy a llevar al Patronato!” No lo demostré, pero pensé “ay, la puta ¿por qué me sale responder así?” No sentía miedo, la verdad. No sentía miedo, esa es la pura verdad. Me volvió a gritar “¿cómo se llaman los compañeros de ustedes?” ... o los militantes, no me acuerdo cómo se refería a ellos. “¿Quién es Pancho?” “No, no sé” “¿Quién es Paco?” Todo a los gritos. “No sé, no sé quién es.” “¡Tiene que colaborar! ¡Tiene que decirme porque la voy a...!” Todo así, a los gritos mal, mal.

En eso, miro así y pienso “ay, si se dan cuenta” ... En la ventana, que estaba pintada de gris porque mi papá siempre pintaba las puertas y las ventanas gris clarito, estaban rayados nuestros nombres. Decía Pancho, Paco... todos los que habían estado reunidos en algún momento en la cocina de mi casa, se ponían a pelotudear escribiendo sus nombres. Y el milico me gritaba “¿Quién es Pancho?” y

---

<sup>7</sup> La casa de los papás de Silvia contaba con un sótano. Las y los militantes del PRT-ERP sanrafaelino habían destinado ese espacio tranquilo para realizar sus reuniones de formación política y por ello habían colocado un pizarrón.

yo miraba donde decía "Pancho" y decía "no sé, no sé". "¿Quién es Paco?" "No tengo idea. No sé. No sé a quién se refiere. No los conozco. Supongo que serán compañeros del trabajo donde él estaba trabajando". Cualquiera pelotudés decía yo.

En un momento dado, me grita "Como no colabora la llevo detenida a usted también, así que vaya a preparar el bolso". Todo así, de esa manera, a los gritos. Cuando me dijo que prepare el bolso, ahí sí sentí que me moría por dentro. Quería gritar, quería correr ¿Qué sé yo lo que quería? era una cosa... no por mí, por mi bebé. Tenía miedo que lo dejaran en el Patronato y mis padres sin saber nada. Me levanto y voy a mi habitación y cuando paso por el costado del sótano que estaba abierto veo que Chiche ya no está. Entro a la habitación y veo que la ropa de él no está, entonces pensé "se lo llevaron".

Mientras estaba preparándome estaban todos sentados ahí, apuntándome en mi habitación. Y yo ahí con el nene. A mí me daba vergüenza desvestirme delante de ellos. Yo ya tenía una panza así, pero me daba vergüenza. Y aunque no hubiese tenido panza, me daba vergüenza. Y les digo "¿no me podrían dejar sola para que me vista por lo menos?" Entonces los soldados se miraron y ¡me hicieron caso y se fueron! Entonces dejé al bebé en la cama y me di cuenta de que habían dado vuelta el colchoncito de él. Y yo ahí, debajo del colchón, había dejado una capucha negra que le había hecho a Chiche. Se la habían llevado.

Me cambio, me visto y preparo un bolsito con las cosas de mi hijo. Por adentro era como... como si me hubieran estado abriendo así con una Gillette, de lo que sentía al ver que estaba preparándole un bolsito y que me iba a tener que despegar de él, que no sabía qué iba a pasar con él. Bueno, cuando estoy lista salgo y uno que estaba escribiendo a máquina me grita "venga para acá". Y me dice "firme acá". Apenas trato de leer lo que decía, y decía que se había encontrado una cárcel del pueblo... ¡por el sótano! Yo lo firmé. Si estaban ahí apuntándome, mirá si no iba a firmar ¿cárcel del pueblo? Sí, dale, cárcel del pueblo, te lo firmo ¿qué voy a hacer? No me quedaba otra más que firmarlo.

Bueno, ahí se van y me dejan. Y yo dije "¿qué pasa acá?" Para mí mejor, obviamente, mi hijo se quedaba conmigo. Entonces pensé cómo hacer para ubicar a mi papá, porque en el barrio nuevo donde ellos estaban viviendo no tenían teléfono. Yo tenía el número de una vecina. Su marido trabajaba en la Unión Telefónica de San Rafael y se levantaban muy temprano porque creo que entraba a las 7 de la mañana. El allanamiento en mi casa fue como a las 3 de la mañana. No sé cuánto se demoraron. Posiblemente dos horas y media, tres horas, la verdad que no sé. Pero era de noche, todavía no era de día. Entonces yo calculé la hora y me arriesgué y le llamé a esta vecina de mi papá que vivía a cuatro casas. Pensaba "los voy a tener que joder para decirles lo que me está pasando". Pero no le podía decir que me habían allanado la casa.

Lo primero que hice fue llamarle a este vecino y le dije “discúlpeme señor, soy la hija de Faget y estoy sola en mi casa y tengo contracciones, me siento muy mal, creo que en cualquier momento voy a dar a luz ¿Usted le puede avisar a mi papá?” Se me ocurrió decirle eso. No estaba todavía en época, pero tenía que decirle algo. Y me respondió “Bueno, bueno, ya nomás le voy a ir a avisar”. Y se quejó con la esposa, pero esta mujer fue muy macanuda, se puso la bata y se fue para lo de mi papá: “Don Faget, don Faget, Silvia llamó por teléfono, que se siente mal, si pueden ir”.

Ah, a todo esto, yo estaba sola, con la casa destruida, que no podía cerrar la puerta, y suena el teléfono. Atiendo y me dicen “soy yo, el soldado que la estaba cuidando. Si se siente... si le parece, yo enseguida voy para hacerle compañía”. Entonces le dije “no, no, no... tranquilo, quedate tranquilo. Te agradezco muchísimo, pero ya está, mi papá ya está llegando. Ya le avisé a mi papá. Mi papá ya viene en camino”. ¿Qué quiso ese tipo? ¿Vos le podés creer que me quería hacer compañía para cuidarme? Bueno, por suerte no vino. ¡Un miedo tenía! Un miedo a que apareciera él u otro. Y ni siquiera podía cerrar la puerta.

**V. A. T.:** ¿Y los vecinos?

**S. F.:** Ninguno salió. Ninguno. Después yo me entero que a los vecinos le habían hecho cerrar las ventanas y meterse adentro, como hicieron en todos lados. Una de las chicas que tenía mi edad, que vivía en la esquina dijo “yo en cuanto sienta que llora el nene de la Silvia, salgo y se lo voy a quitar a ellos”. Es lo único que después me enteré. Pero nadie salió. Nadie vino a decirme nada. Nadie se solidarizó conmigo. Me quedé sola hasta que llegó mi papá. Y cuando llegó me dijo “¿Pero qué pasó acá?” Entonces le dije: “Se llevaron a Chiche”. Me habré largado a llorar, no recuerdo bien. Y mi padre salió a la calle gritando “¡Hijos de puta! ¿qué es lo que han hecho? ¡Milicos de mierda!” Pero así, a todo lo que daba gritaba mi papá. Después empezó a revisar y nos habían robado... en mi heladera no tenía nada, tendría agua y tenía un chocolate que me había traído Chiche para que me lo comiera... ¡y se lo llevaron! Se llevaron una pistola de mi papá que le decían matagatos, una cosa antigua, un gorrito que tenía de piel, los libros se llevaron, las fotos de mi casamiento se llevaron. Yo era pobre. Había algunos bisturís de mi padre, que era podólogo, se los llevaron. La bicicleta con la que Chiche iba a trabajar, se la llevaron. O sea, lo que pudieron se lo llevaron. Así, unos ladrones.

Y bueno, esa fue la última vez que yo lo vi a Chiche. Después, al día siguiente, llaman por teléfono, hablan con mi papá y le avisan que le llevara comida, que estaba alojado en lo que sería la policía de los canes allá en San Rafael, que en este momento no me acuerdo cuál es ni dónde quedaba, no me acuerdo. Entonces, hacemos comida y le lleva. Pero mi papá no lo logra ver. Lo único que le dijeron es que está muy nervioso, está sumamente nervioso y anda

descompuesto del estómago. Debe haber tenido colitis, vómitos, esas cosas calculo yo. Estoy segura de que él estaba descompuesto por el estado de nervios y encima sin saber qué había pasado conmigo y su hijo.

Después no sabemos más nada de él. A los días me llega una carta a mi domicilio y ahí me dicen que él está alojado en la Penitenciaría y que tiene los días tales... o sea, que hay visita tales días y que él ya nos anotó para que lo vayamos a ver.

V. A. T.: ¿Cuándo fue su secuestro?

S. F.: El 9 de marzo fue cuando me allanan la casa.

V. A. T.: Todavía no había sido el golpe.

S. F.: No, no. Fue unos días antes del golpe.

V. A. T.: ¿Te acordás cuándo te llegó esa carta?

S. F.: Tiene que haber sido el 12 o el 13 de marzo.

V. A. T.: Inmediatamente lo trajeron para la Penitenciaría.

S. F.: Parece ser que sí.

[Silvia busca un folio con recuerdos. Hay fotos de su casamiento y también las cartas que Chiche le envió desde la Penitenciaría. Son trece cartas fechadas entre el 22 de marzo y el 10 de mayo de 1976]

V. A. T.: ¿Todas esas cartas te llegaron desde la Penitenciaría?

S. F.: Sí, dos cartas por semana recibía yo. Esto es lo único que me queda de él.

V. A. T.: ¿Todas son cartas del Chiche?

S. F.: Son cartas del Chiche. Cuando me llega la primera, ahí me dice que está en Boulogne Sur Mer. Me da la dirección y me dice que le escriba ahí, que él ya me había anotado para que lo fuéramos a ver. Entonces, la primera que viaja es la madre. Yo todavía no había tenido a mi hija, entonces viaja ella. Y cuando la ve lo primero que le pregunta es "¿La Silvia?" "La Silvia está en la casa". Y él dijo "¡Gracias Dios mío! ¡Gracias Dios mío!" Claro, él hasta ese momento, desde el 9 de marzo hasta que la madre lo va a ver, no sabía qué había pasado conmigo.

V. A. T.: ¿Vos no le contestabas las cartas?

S. F.: Sí, dos veces por semana. Pero antes de que recibiera mi primera carta, la que va a verlo es la madre. Ella viaja inmediatamente. A veces yo no llegaba a escribirle dos veces por semana, porque los chicos... no me podía sentar a escribir. Y le escribía una vez por semana. Él me ponía "¿qué pasa que no me escribís?" Después "Acabo de recibir tu carta. Estoy re contento" me pone en otra.

Y después, cuando tengo familia y él se entera, me pone “me imagino que le habrás puesto el nombre que le elegimos”, que era Ana Clarisa<sup>8</sup>. Y obviamente que sí. Y acá en una carta se hace una autocrítica. ¡Hasta en esas cartas se hace una autocrítica terrible!”<sup>9</sup> Me dice como que la parte más pesada me tocó a mí, que siempre he estado sola. Porque al final cuando he parido, siempre estuve sola... con mi familia obviamente, pero él no estuvo presente. Y diciendo que la parte más difícil me había tocado a mí. ¡Él, que estaba preso y lo habían torturado, todo! Bueno, no sé qué es la parte más difícil ¿qué querés que te diga? No sé si el vivir o... No sé, si el seguir peleándola... No sé cómo medirlo, no tengo ni idea. Pero él me daba fuerzas. Yo caí en un estado depresivo, obviamente. Bajé a 43, 42 kilos. Un desastre lo que pesaba. Mi bebé se estancó, mi hija nació apenas con 2 kilos, era muy chiquitita. Se me estancó el embarazo. La primera que la cambió fue mi hermana Mirtha porque a mí me dio impresión, no la podía cambiar. Encima, mi estado depresivo, todo lo que me significó el parir, todo lo que pasamos... yo no me animaba, la veía así, tan chiquitita... yo estaba tan mal. Entonces cuando viene Mirtha, la cambió. Y ella es la madrina de Ana Clarisa.

Bueno, y ahí estamos carteándonos hasta que me llega de vuelta una carta con un sello que dice “no está más alojado en este domicilio”. Y ahí me entero que él no está más en la Penitenciaría. Cuando recibo esa carta, en San Rafael, mi suegra inmediatamente viaja a Mendoza para averiguar... porque mis padres no querían que yo viajara, obviamente. Yo ya estaba con los niños y ellos tenían miedo de lo que me pudiera pasar... capaz que en el camino... O sea, toda esa desconfianza, ese miedo que había ¿no? Entonces viaja la madre y va a preguntar a la Penitenciaría y le dicen “no, lo dejamos libre, quedó en libertad”. Ella dice “no puede ser”. “Sí, si acá está firmada la libertad de él. Mire ¿acaso no es la firma de su hijo?” Ella dice “Esa no es la firma de mi hijo”. Para mí sí ha sido, porque los obligan a firmar. Entonces, le dijeron “Es más, capaz que cuando usted llegue a su casa él ya esté ahí con su nuera y sus hijos”. Ella respondió “No sean así ¿por qué dicen esas cosas? Ustedes saben que no es así. Es mentira”. Tal es así que ella se pone a gritar y dijo que su nuera había hecho no sé qué cosa o a dónde había ido y le respondieron “Y díglele a su nuera que se deje de joder también porque le va a pasar lo mismo”.

---

<sup>8</sup> Fue común en la militancia setentista nombrar a sus hijas e hijos rememorando a las y los ausentes, cual ritual de transmisión de tradición cultural y política. Ana Clarisa hacía referencia a Ana María Villarreal y a Clarisa Lea Place, ambas militantes del PRT-ERP, fusiladas en la masacre de Trelew el 22 de agosto de 1972.

<sup>9</sup> La instancia de la crítica y la autocrítica era un ejercicio político en el PRT. Se estimulaba que todas las y los militantes desarrollaran la capacidad de poder realizar una crítica constructiva a sus compañeras/os, la receptividad de estos planteos y también la habilidad de pensarse autocríticamente. Esto obedecía a la centralidad que adquiría la ética militante en esta organización guevarista que entre sus objetivos se proponía construir “el hombre nuevo”, con valores opuestos al individualismo y búsqueda de prestigio propios de las sociedades capitalistas.

V. A. T.: ¿Eso cuándo fue?

S. F.: Eso fue en mayo de 1976. Porque a él le dan... no la libertad, en un papel dice que lo trasladan el 12 de mayo, a las 20.30hs, al Liceo Militar. Y de ahí desaparece.

Pero cuando yo me entero... porque yo estoy esperando carta de él, y no llegaba, no llegaba... Mis padres seguían teniendo el consultorio en la casa vieja, la del triángulo, y yo me había ido a vivir con ellos a la casa del barrio. Y yo todos los días les preguntaba "¿Llegó carta de Chiche?" Porque él me escribía a esa dirección, a España 131, que es la casa del triángulo. "¿Llegó carta de Chiche?" "No, no ha llegado nada." Y todos los días "¿Llegó carta de Chiche?" "No, no ha llegado nada". Y yo decía "qué raro, qué raro". Me extrañaba muchísimo. Hasta que el 25 de mayo del 76 me dicen "mirá, sí. No te hemos querido decir, pero tu carta llegó de vuelta y dice que no está más alojado en ese domicilio. Acá está la carta". Y me mostraron la carta. Entonces bueno, ahí sí me puse a llorar, me puse a llorar con todo. Mi papá no sabía cómo consolarme de la impotencia que le daba no tener respuesta para darme. Me dice "¿pero por qué llorás?" Y le dije "lo mataron". "Pero ¿por qué decís eso? A lo mejor lo trasladaron." "No, lo han matado. Lo mataron". Lo único que me salía. Y no me equivoqué. No sé cuándo habrá sido, pero lo sacaron de ahí para matarlo.

V. A. T.: ¿Vos pudiste hablar con alguien que haya estado preso con él esos dos meses?

S. F.: Sí, estuvo el Fernando Rule, el Polo Martínez Agüero...

V. A. T.: ¿Ellos estuvieron con él en la Penitenciaría?

S. F.: Sí, sí, sí, ellos estuvieron con él. Son muchos los que han estado con él. Muchos lo vieron, recuerdan el día que le dijeron "Illa con todo". Todos me dijeron lo mismo: "Illa con todo". "Con todo" significaba con todas sus pertenencias. Uno de los últimos que declaró, antes de terminar su declaración dijo "antes de terminar, quiero decir que yo vi al compañero Illa cuando lo sacaron y estaba esperando que le abrieran el portón y él me dijo que se iba, que le daban la libertad y que no sabía qué iba a pasar con él". Dijo "así que quiero nombrarlo porque quiero saber". Muchas personas preguntaron por él en ese momento. A uno un cura le dijo que lo habían llevado para San Rafael y lo dejaron en Tunuyán. Todos decían cosas distintas. Otro dijo que lo tiraron al Carrizal. Todo así, todo distinto, todo distinto. En definitiva, nada en concreto.

Así que ahí empezó la lucha, el averiguar hasta el día de la fecha. Nunca dejé de buscarlo. Mi lucha fue desde el momento en que él desapareció, la búsqueda. Por ejemplo, en San Rafael iba a la casa de las esposas de los compañeros desaparecidos. Yo quería organizar, hacer algo, pero no me daban mucha bola. La mamá de Luna sí me buscó a mí, inclusive viajamos a Buenos Aires una vez a

entregar un petitorio al ministro del Interior, que era Harguindeguy, y participar en una marcha. Los milicos nos encerraron, nos subieron a un micro y nos llevaron a una comisaría. Ahí estuve hasta la noche, que me dejaron salir.

**V. A. T.:** ¿Y dónde parabas en Buenos Aires?

**S. F.:** En Buenos Aires iba a la casa de mi hermana mayor, que vivía allá. Yo viajé con mi mamá, que me acompañó para cuidar a Reynaldo y Ana Clarisa mientras yo iba a entregar el petitorio.

En San Rafael yo iba a los lugares donde habían vivido los compañeros y no estaban. Bueno, las chicas están desaparecidas. Es probable que los milicos me hayan seguido ahí, no sé.

**V. A. T.:** ¿Durante la dictadura vos estuviste en San Rafael?

**S. F.:** No, antes de que terminara me vine acá [Mendoza]. Porque en San Rafael me discriminaron, me hicieron a un lado. Si bien una no cayó en cana, también la que estuvo afuera las pasó... me tuve que venir, me tuve que venir. En un momento dado yo terminé la secundaria de noche y estoy yendo para la escuela, pasan dos obreros en bicicleta y uno me señala y siento que dice "esa tiene el marido preso". Y yo seguí caminando y cuando me doy cuenta ¿qué dijeron? Recapito... porque me vi señalada, todo... y mi marido estaba desaparecido. Yo no sé quiénes eran ellos, no tengo ni idea, no los conocía.

No conseguía trabajo. Trabajé de empleada doméstica, de mucama en un hotel de parejas... dos días, porque cuando me presento a trabajar el tercer día me habían despedido. Después me entero que era porque pasaron los milicos, me vieron barriendo la vereda y le dijeron "¿ustedes saben a quién tienen trabajando? A la esposa de un subversivo". Bueno ¿entendés? Entonces ahí es cuando yo dije "no, yo tengo que hacer otra cosa, me voy a poner a estudiar..." y terminé la secundaria. Tuve algunos encontronazos con algunos profesores porque no me podía quedar callada.

Me siguieron, estoy segura de que me siguieron. A la noche salía tarde, a las 12.30 de la noche, muchas veces me iba caminando, son como doce cuadras hasta mi casa. Y hay veces que yo iba con mucho miedo porque... no sé en qué momento me levantan y me llevan. Yo caminaba por la calle. Por la vereda no quería ir. Y una vez me pasó un auto, pero así pegado... Entonces, el terror siempre presente, el miedo. El miedo de que me levantaran, eso lo tuve siempre.

Y así... y yo pensé, a mí me van a señalar siempre, pero no voy a permitir que señalen a mis hijos. Entonces ¿qué hago? Me vine a Mendoza con mi suegra, la mamá de Chiche, Beba le decíamos.

V. A. T.: ¿Ella vivía en Mendoza?

S. F.: No, no ella vivía en San Rafael. Yo la convencí de que nos viniéramos juntas. En San Rafael no podía hacer nada y me vine a Mendoza para ver qué podía hacer. No me podía quedar de brazos cruzados ante su desaparición.

V. A. T.: ¿Eso en qué año fue?

S. F.: No me acuerdo. Reinaldo estaba por empezar la primaria. Debe haber sido entre 1980 y 1981.

V. A. T.: ¿Y el papá de Chiche?

S. F.: Mi suegro había fallecido ya. No recuerdo cuándo, pero fue unos dos años después de la desaparición de Chiche. Él no pudo superar su desaparición y se dejó morir. Se lastimó un pie y le dio gangrena y no dijo nada, se dejó morir. También encontramos alambres en un enchufe, pensamos que se había querido suicidar. Una vez escuchó ruidos en la habitación de Chiche y dijo “¿Chiche sos vos?” Él no aguantó la tristeza.

V. A. T.: ¿Y qué hiciste en Mendoza?

S. F.: Fue difícil llegar a Mendoza porque no conocía a nadie. Hasta que nos pusimos en contacto con la Pocha Camín y me acerqué al MEDH y ahí se empezó a formar Familiares. Mi suegra no quería participar en nada y a veces me criticaba porque yo iba a todas las reuniones. Discutíamos mucho por eso. Igual nos quisimos mucho.

Yo entré a estudiar al Magisterio, pero no me gustó y dejé. Ahí conocí al papá de mi tercera hija, con él nos fuimos a vivir juntos y empecé a escalar, a ir a la montaña. Y después de muchos años rendí como libre para martillero público, pero no pude ejercer porque entré a la parte judicial y me mandaron a desalojar a una familia, una señora con una cantidad de chicos... y estuve todo el día descompuesta, no, no, no... no lo soporto... Si era embargar a los ricos, no tenía problema, pero a gente humilde, no.

### 3. Referencias

Águila, G., Garaño, S. y Scatiza, P. (coord.) (2016). *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina: Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. La Plata: UNLP. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en:  
<https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/63>

Archivo Nacional de la Memoria (2023). *Los centros clandestinos de detención. Nuevas miradas y saberes a cuarenta años del Nunca más*. Ciudad

Autónoma de Buenos Aires, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos.

Izaguirre, I. (comp.) (2009). *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1973-1983. Antecedentes. Desarrollo. Complicidades*. Buenos Aires: EUDEBA. Disponible en <https://repositorio.sociales.uba.ar/items/show/823>

Silva, H. R. (2013). *Una flor para Rosa Sonia Luna*. San Rafael, Mendoza.

#### 4. Siglas

FAS: Frente Antiimperialista por el Socialismo

OSEP: Obra Social de los Empleados Públicos

PRT-ERP: Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo.